

—¡Es él; es el mismo asesino!

—Escuche usted—dijo Arturo con tono grave,—ese hombre, según acabamos de leer, ha desaparecido...

—¡Tanto mejor!—interrumpió Cavalletto juntando las manos,—¡gracias á Dios! ¡Maldito asesino!

—No... porque á menos de saber dónde pára, yo no podré tener un momento de reposo.

—Eso es otra cosa, querido bienhechor; entonces un millón de perdones.

—Muy bien, pero ahora escúcheme usted—añadió Clennam cogiendo á Cavalletto suavemente por el brazo para mirarle cara á cara;—yo creo firmemente que está usted tan agradecido como puede estarlo hombre alguno por el poco bien que le he hecho.

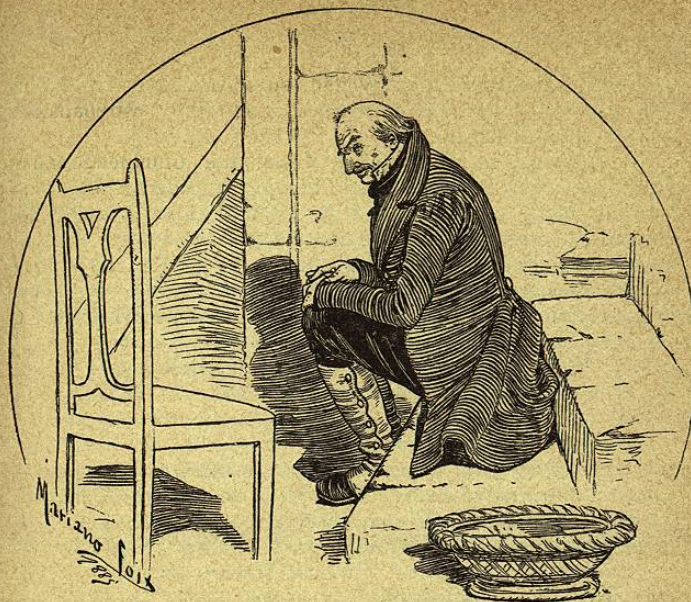
—Se lo juro á usted.

—Ya lo sé, Cavalletto. Si puede encontrar á ese hombre ó averiguar lo que ha sido de él, ó bien obtener algún informe, me dispensará el mayor servicio, y entonces yo le estaré más agradecido aun de lo que usted pueda estarlo de mí.

—No sé dónde buscarlo—replicó el italiano besando con efusión la mano de Arturo,—ni siquiera se me ocurre por dónde comenzar ni á dónde ir; pero... ¡valor; su deseo de usted me basta y poco importa lo demás! ¡ahora mismo voy á buscar!...

—Ni una palabra de todo esto á nadie—dijo Clennam.

—¡*Altro, altro!*—exclamó Cavalletto alejándose.



CAPITULO XXIII

Affery hace una promesa condicional respecto á sus sueños

La convicción recientemente adquirida de que Blandois era un miserable, redobló la inquietud de Clennam. Aunque se consiguiera explicar su desaparición, esto no disculpaba que su madre hubiese estado en relaciones con semejante hombre, y lo único que Arturo podía esperar era que no se divulgara; pero no le sería posible echar en olvido la escena que presenció, ni dejar de creer que no hubiese algo de criminal en tales relaciones.

Esto era para Arturo Clennam como una pesadilla, en la cual pareciale ver deshonorada la memoria de sus padres. El objeto que principalmente le había llamado á su patria no podía realizarse, por la invencible tenacidad de la parálitica, en el momento en que más urgente era tal vez realizarlo: sus

consejos, su energía, su actividad, su fortuna, su crédito, en una palabra, todas sus facultades y recursos, estrellábanse contra aquel obstáculo.

Sin embargo, la revelación de Cavalletto, difundiendo nueva luz en todas sus reflexiones, indújole á proceder con más energía: fuerte con la rectitud de sus intenciones y estimulado por el presentimiento de un peligro inminente, resolvió tentar un último esfuerzo para obtener informes de la mujer de Jeremías, en el caso de que su madre rehusara tratar sobre este punto. Si conseguía inducir á la anciana sirvienta á ser más comunicativa, levantando el misterioso velo que al parecer lo ocultaba todo, tal vez le fuera posible disipar la especie de parálisis moral que por momentos se apoderaba de él. Tal fué el plan que puso en ejecución aquel mismo día.

La primera contrariedad al llegar á casa de su madre fué encontrar á Flintwinch sentado en la escalera y la puerta abierta: esto era ya mala suerte, pues de otro modo habría tenido ocasión de hablar con Affery al entrar en la casa.

—Buenas tardes—dijo Arturo.

—Buenas las tenga usted—contestó Jeremías.

—¿Tienen ustedes noticias?

—No tenemos noticias.

—Quiero decir del extranjero.

—A lo mismo me refiero yo: no tenemos noticias del extranjero.

Era tan siniestra la expresión de Jeremías, que Clennam llegó á preguntarse si no tendría el viejecillo algún motivo personal para quitar á Blandois de en medio, por creer necesaria esta medida para su seguridad. Aunque pequeño y encorvado, el viejo parecía aun capaz de desplegar una actividad vigorosa, y si semejante hombre acometía por la espalda á un enemigo más joven y fuerte, hubiera podido desembarazarse de él en aquel sitio solitario, á una hora avanzada de la noche.

Mientras Clennam se entregaba á estas reflexiones, Flintwinch, que no había dejado de observarle, díjole con tono irónico:

—Páreceme, Arturo, que ya me habrá tomado usted bastante bien la filiación; cualquiera diría que me estudia para retratarme.

Clennam, algo confuso al reconocer su imprudencia, rogó á Flintwinch que le dispensara, añadiendo:

—No lo extrañe usted, porque me preocupa mucho ese negocio y no sé lo que me hago.

—¡Ah! pues no veo por qué le ha de preocupar—replicó Jeremías.

—¿No?

—No, señor; no lo veo.

—¿Y esos anuncios que están en las esquinas de todas las calles, con el nombre y las señas de mi madre asociados á semejante misterio? ¿Cree usted que no importa esto nada?

—Le repito que no lo veo; pero sí le diré una cosa, Arturo (al pronunciar estas palabras fijó la vista en la ventana de la enferma,) y es que si no conviene despertar al gato cuando está dormido, tal vez sea más prudente no correr detrás de los que se esconden. Déjelos en paz, que siempre se dejan ver al fin... y á veces más pronto de lo que se quisiera.

Al decir esto, Jeremías dió media vuelta é introdujose en el vestíbulo, mientras que Arturo permanecía inmóvil, entregado á sus reflexiones, pensando en los medios de que Jeremías hubiera podido valerse para cometer el sombrío crimen que sospechaba.

—¡Vamos! señor Arturo—dijo Flintwinch que acababa de encender un fósforo,—¿sube usted ó no?

—¿Está sola mi madre?

—No, señor; Casby y su hija han venido á verla; pero yo no he subido porque quería acabar de fumar la pipa.

Segundo contratiempo. Arturo no hizo ninguna observación y subió al cuarto de su madre, donde el señor Casby y su hija acababan de tomar el té, con acompañamiento de un pastel de anchoas y tostadas, delicadezas gastronómicas que la anciana Affery debía haber saboreado con gusto, á juzgar por la expresión de su semblante. El sombrero y el chal de Flora estaban sobre el lecho, colocados cuidadosamente, como si la visita debiera ser larga; y el señor Casby, sentado junto á la chimenea, sonreía con el aire bonachón que le era peculiar. Al ver esto, Clennam, después de los saludos de costumbre, resolvió hablar á su madre sin más dilación.

Como la parálitica no salía nunca de su cuarto, las personas que deseaban hablarle tenían costumbre de empujar su sillón hasta el pupitre y sentarse luego en un escabel que se dejaba en un rincón al efecto. Los visitantes sabían ya esto, y bastaba dirigirles dos palabras para que dispensasen, si la enferma accedía á escuchar al que desease hablarle.

Arturo procedió pues así, y entonces Flora comenzó á ha-

blar más alto, como para dar á entender que no quería oír nada de lo que se dijera, dando con esto una prueba de su delicadeza.

—Madre—dijo Arturo,—algo he sabido hoy mismo respecto á los antecedentes del hombre á quien hallé aquí, y me creo en el deber de manifestárselo.

—Yo no sé nada de ese hombre, Arturo.

La viuda hablaba alto, aunque su hijo bajaba la voz, cual si quisiera dar á entender que nada tenía que ocultar.

—El informe no es dudoso—añadió Arturo,—pues le he tomado en buena fuente.

—¿Y no es otro el objeto de tu visita?—preguntó la viuda.

—No; he creído que debía comunicarle este dato.

—Y bien; ¿de qué se trata?

—Ese hombre ha estado preso en la cárcel de Marsella.

—No lo extraño—contestó la señora Clennam con la mayor sangre fría.

—Bueno; pero advierta usted que no estaba preso por un simple delito, sino por un asesinato.

La parálitica se estremeció al oír esta palabra, y sus facciones expresaron un vivo horror, pero contestó siempre en voz alta:

—¿Quién ha dicho eso?

—Un hombre que estaba encerrado con él.

—¿Te eran conocidos los antecedentes de ese individuo antes de que te hiciese la confidencia?

—No.

—¿Y tú le conoces?

—Sí.

—Pues bien, precisamente es mi caso y el de Flintwinch con ese otro hombre; y aun la comparación no es del todo exacta, porque tu individuo no te ha sido presentado por un corresponsal en cuya casa hubiera depositado dinero. ¿Qué dices de esta diferencia?

Arturo debió confesar que el hombre de quien tenía la noticia no le había presentado ninguna carta de recomendación, y entonces su madre fijó en él una mirada de triunfo, añadiendo con cierta energía:

—En tal caso, no te apresures á condenar á los demás, Arturo; te lo advierto por tu interés.

La mirada de la viuda y sus palabras expresaban tal resolución, que si Arturo había esperado un momento ablandarla, ya no debía contar con ello.

—Madre—le dijo,—¿no puedo hacer nada por usted?

—Nada.

—¿No tiene usted ningún secreto que confiarme? ¿No necesita hacerme algún encargo ó explicarme alguna cosa? ¿No me permitirá entenderme con usted confidencialmente?

—¿Cómo puedes preguntar semejante cosa? Tú eres quien se ha separado de mis negocios; tú lo has querido, sí, no yo; me has dejado en manos á Flintwinch y él es quien ocupa tu lugar.

Clennam, dirigiendo una mirada á Jeremías, pudo reconocer que éste, aunque aparentase escuchar un discurso muy embrollado de Flora, concentraba toda su atención en el diálogo de la madre y el hijo.

—¡Preso en la cárcel de Marsella, y acusado de asesinato!—dijo la señora Clennam, resumiendo tranquilamente lo que su hijo acababa de manifestarle.—¿Es eso todo lo que te ha dicho el compañero de Blandois?

—Todo.

—Supongo que tu hombre no se da por cómplice del asesinato. He aquí una cosa que servirá ahora de asunto á nuestra conversación... Casby, Arturo me dice...

—¡Calle usted, madre!—exclamó Arturo interrumpiéndola vivamente, pues no podía pensar que la viuda quisiera hacer público lo que acababa de manifestarle.

—¿Tienes aun algo más que decirme?—preguntó la señora Clennam con acento de enojo.

Arturo, con la mano apoyada en el sillón de ruedas, miraba á su madre, pensando que el divulgar la confidencia de Cavalletto podría tener un resultado tan desagradable como imprevisto.

—¡Vamos!—repitió la viuda con impaciencia.—¿Qué más hay?

—Madre, yo no podía figurarme que usted pensase en dar publicidad á lo que acabo de comunicarle: creo que será mejor no repetirlo.

—¿Me lo impones por condición?

—Seguramente.

—No olvides entonces que tú eres quien hace un misterio de este asunto, y no yo, Arturo; que tú eres quien, después de infundir dudas y sospechas, pidiendo explicaciones, vienes ahora con secretos. ¿Qué me importa á mí lo que ese hom-

bre ha sido ni dónde ha estado? Me es indiferente que todo el mundo lo sepa. Y ahora, vuélveme á mi sitio.

Arturo, obedeciendo á la mirada imperiosa de su madre, colocó el sillón donde antes se hallaba, y al fijar la vista en el viejo Flintwinch, leyó en su semblante una satisfacción que seguramente no era producida por la elocuencia de Flora. La tenacidad de la viuda demostró bien claramente á Clennam la inutilidad de renovar sus tentativas; de modo que no le quedaba otro medio sino el de apelar á su antigua amiga Affery.

Sin embargo, esto era más difícil de lo que parecía, pues la viuda y Flintwinch inspiraban tal temor á la pobre vieja, y la vigilaban tan sistemáticamente, que no era fácil hallar ocasión de hablarle. Después de haber tratado de llamar varias veces la atención de Affery, siempre en vano, Clennam pensó valerse de una astucia con el auxilio de Flora; y acercándose á ella, murmuró en voz baja:

—Diga usted que desea visitar las habitaciones.

Ahora bien, Flora, que sólo deseaba tener alguna oportunidad de complacer á su antiguo pretendiente, acogió la demanda con indecible alegría, pensando que aquello sería el prefacio de alguna tierna entrevista, en la que Arturo se proponía quizás hacer una declaración amorosa. En su consecuencia, comenzó á preparar inmediatamente el terreno.

—¡Ah!—exclamó, paseando una mirada á su alrededor,—parece imposible que esta casa no haya sufrido apenas alteración desde que yo la conocí por primera vez, y no puedo menos de pensar en la época en que venía aquí con papá... y en que dirigía miraditas á Arturo, que entonces llevaba chaqueta. ¡Ah! señora Clennam, esta casa conserva siempre su carácter severo, y debe producir la misma impresión en los que la han conocido... ¡Qué dulces recuerdos conservo de un día en que Arturo... quiero decir el señor Clennam, me hizo pasar á una cocina abandonada, donde había mucha humedad, proponiéndome encerrarme allí por toda mi vida y alimentarme con los comestibles que pudiera guardar diariamente en sus bolsillos! ¿Sería demasiada libertad rogar á la señora Clennam que me permitiera renovar el recuerdo de unos días, que pasaron tan pronto, visitando la casa?

La viuda, poco lisonjeada en el fondo de la visita de Flora, que no pensaba de ningún modo haberse encontrado con Arturo, contestó, sin embargo, á la hija de Casby, que era muy

dueña de visitar la casa de arriba abajo; y entonces Flora se levantó rogando á Arturo se dignase acompañarla.

—Con mucho gusto—contestó Clennam,—y espero que Affery tendrá la bondad de acompañarnos.

La mujer de Jeremías se excusó.

—No, no, Arturo—dijo,—no me pida usted nada; yo se lo ruego.

—¿Y por qué no, viejecita mía?—preguntó Flintwinch.

Esta pregunta bastó para que la anciana saliera de su rincón y tomara el candelero que le presentaba su esposo.

—¡Vamos pronto, imbécil!...—exclamó Jeremías.—¿Quiere usted subir ó bajar?—preguntó después á Flora.

—Bajaremos primero.

—Pues entonces—añadió el viejecillo,—ve tú delante, Affery, y procura alumbrar bien, porque de lo contrario me deslizo por la barandilla y caigo sobre ti. ¡Atención!

Affery obedeció sin contestar, y Clennam observó con disgusto que Jeremías iba detrás de ellos á tres pasos de distancia.

«¡No me veré libre de ese hombre!» murmuró en voz baja.

Clennam hubo de dar el brazo á Flora, que se apoyaba en él con más fuerza cuando pasaban por los sitios algo oscuros, complaciéndose sin duda en evocar así el recuerdo de sus pasados amores con Arturo. Después de visitar las lúgubres cocinas subterráneas, más tristes entonces que nunca, la mujer de Jeremías penetró, siempre candelero en mano, en la habitación del padre de Arturo, y luego en el antiguo comedor, pasando por delante de Clennam como un fantasma, sin detenerse ni volverse cuando éste le decía en voz baja:

—Affery, quisiera hablar con usted.

En el comedor, la sentimental Flora quiso ver el sombrío gabinete que tantas veces había servido de prisión á Arturo, pero en el momento de ir á entrar con su acompañante resonó un aldabonazo en la puerta principal.

Affery, ahogando un grito, ocultó la cabeza en su delantal.

—¿Qué haces?—gritó su esposo.—¿Necesitas por ventura alguna dosis? Pues bien, la tendrás, viejecita mía, y te aseguro que será buena; yo te la propinaré.

—Pero ¿quién ha de abrir?—preguntó Arturo.

—Ya iré yo—replicó el viejo con acento en que se traslucía su enojo por tener que ausentarse.—Quédate tú aquí, Affery; y cuidado con moverte ó decir una sola palabra de tus

necesidades de costumbre, porque en tal caso te triplicaré la dosis.

Apenas hubo salido, Arturo se acercó á la anciana y le dijo:

—Ahora me puede usted hablar, Affery.

—No se acerque usted—replicó la vieja,—porque Jeremías podría verle.

—No nos verá si apago la luz—contestó Arturo, uniendo la obra á la palabra.

—Nos oirá.

—Tampoco es posible, si entramos en este gabinete para hablar un momento. ¿Por qué se oculta usted el rostro?

—Porque tengo miedo de ver algo...

—Nada puede usted ver en la obscuridad, Affery...

—Pues más miedo tengo así que con luz.

—Pero... ¿por qué tiene usted miedo?

—Porque esta casa está llena de misterios y secretos, y de rumores extraños; yo no he conocido otra como ella; y estoy segura que moriré de espanto si Jeremías no me estrangula antes, lo cual me parece muy probable.

—Pues yo no oigo ningún ruido que merezca la menor atención.

—Si viviera usted aquí y recorriese la casa como yo, le aseguro que no diría eso; es cosa de morirse de miedo... ¡Ah! ya viene Jeremías... Va usted á ser causa de que me mate.

—Mi buena Affery, aseguro á usted que hay luz en el vestíbulo, lo cual prueba que Jeremías está allí aún; quítese el delantal de la cabeza y lo verá.

—No me atrevo, Arturo.

—Pero, mujer, ¿no le aseguro yo que no hay temor ahora? ¡Vamos, Affery, yo quiero saber lo que sucede aquí; quiero aclarar los misterios de esta casa!

—Le repito á usted, Arturo, que esos secretos son rumores, estremecimientos, ruido de pasos furtivos, sonidos incomprensibles arriba y abajo.

—Pero, ¿no hay otros secretos?

—No sé nada, no me pregunte usted más.

—La conjuro á usted á que me hable, Affery, á usted que es uno de los pocos recuerdos agradables de mi juventud; se lo pido en nombre de mi madre y de su marido, y en interés de todos. Yo estoy seguro que podrá darme algunos pormenores sobre ese hombre que ha desaparecido.

—Pues bien, Arturo—replicó Affery,—voy á decirle... pero por Dios no me descubra usted, que la primera vez que vino

ese hombre, oyó los rumores de que le hablo, tanto que me preguntó la causa; yo le contesté que nada sabía; y mientras escuchaba me miró temblando como un azogado.

—¿Ha venido á menudo?

—Sólo aquella noche y otra.

—¿Qué sucedió la segunda después de haberme marchado yo?

—Jeremías y la señora se quedaron solos con él, y cuando hube cerrado la puerta, mi marido se adelantó hacia mí de lado, según acostumbra cuando trata de hacerme algún mal, y me dijo: «Viejecita, voy á subir detrás de ti para acostarte, hija mía.» Al pronunciar estas palabras, cogióme por la nuca y me oprimió el cuello hasta hacerme abrir la boca, sin soltarme hasta que estuve en mi cuarto. ¡A eso llama él acostar á las personas! ¡Oh! ese hombre es muy malo.

—¿Y no oyó usted ni vió nada?

—¿Pues no le digo á usted que me obligó á meterme en la cama?

—Pero, ¿y esos misterios y secretos de que me hablaba?

—¿Cómo quiere usted que yo comprenda cosa alguna? No me pregunte usted nada más, Arturo.

—Pero, amiga Affery, ¿cómo quiere usted también que yo penetre este misterio á pesar de Jeremías y de mi madre, si no encuentro quien me auxilie? Todo se habrá perdido.

—No me pregunte usted más. Hace un siglo que paso la vida soñando.

—Lo mismo me dijo usted en otra ocasión. ¿Qué entiende usted por esto?

—No se lo diré. ¡Vamos, no me hable más... y menos delante de su antigua amiga!

Inútil fué que Arturo suplicara y que Flora asegurase que guardaría el secreto: la anciana, que no había dejado de temblar durante este diálogo, se hizo la sorda y pareció resuelta á salir del gabinete.

—Antes llamaré á Jeremías que decir una palabra más—añadió;—y para concluir, sólo le haré una advertencia: si alguna vez llega usted á dominar al ama y á mi marido, ya que no debe temer nada de ellos, y lo hace delante de mí, entonces, tal vez le referiré mis sueños.

El ruido de la puerta que se cerraba impidió á Clennam contestar, pero adelantóse hacia Flintwinch para decirle que había apagado la luz por un descuido. Jeremías volvió á encenderla, mirando fijamente á su interlocutor, y no dijo una

palabra acerca de la persona que acababa de llamar á la puerta. Tal vez estaba enojado por la molestia que le causara el visitante inoportuno, pues al ver que su esposa seguía con la cabeza oculta en el delantal, lanzóse contra ella, y cogiéndole la punta de la nariz entre el pulgar y el índice se la retorció.

Flora, que deseaba estar todo el tiempo posible con Arturo, no le dejó hasta haber visitado el cuarto que habitaba en otra época. Clennam pensaba en todo menos en inspeccionar las salas por donde pasaba; pero observó, sin embargo, como pudo recordarlo más tarde, que la atmósfera era allí pesada; que las huellas de todos quedaban impresas en la capa de polvo que cubría el pavimento de los pisos superiores; y que se halló tanta resistencia al tratar de abrir una puerta, que Affery comenzó á gritar, temiendo se encontrase allí alguna persona. Cuando volvieron á la habitación de la parálitica, halláronla hablando en voz baja con el señor Casby, el cual, volviéndose hacia los que entraban, díjoles con voz melosa:

—¡Vamos, ya se ha visitado la casa... ya han visto la casa... muy bien, muy bien!

Por el tono y por la voz, el Patriarca parecía al pronunciar estas palabras un modelo de bondad, por más que sus frases fueran tan insulsas como su persona.



CAPITULO XXIV

La tarde de un largo día

El ilustre señor Merdle, ornato y gloria de su país, proseguía su brillante carrera; empezábase á reconocer por todas partes que un hombre que había prestado á la sociedad el servicio de ganarla una fortuna inmensa, merecía toda clase de consideraciones. Por eso se hablaba ya de concederle cierta baronía, y hasta la dignidad de Par, en concepto de algunos. Circulaba el rumor de que la dorada mano del señor Merdle había rechazado el título de barón, declarando formalmente que era muy poca cosa para un hombre como él.

«No, milord, había dicho á lord Decimus, seguiré siendo simplemente Merdle, ó me nombrará usted Par del reino.»

Habían transcurrido ya insensiblemente tres meses desde que los hermanos Dórrit fueron sepultados en la misma tumba en el cementerio de los extranjeros en Roma.

Los esposos Sparkler se hallaban instalados en una casa muy bonita, verdadera obra maestra de incomodidad, que